

MANUEL BARTUAL

EL OTRO MANUEL



Manuel Bartual

El otro Manuel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Manuel Bartual, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Malota

Fotografía del autor: © Oscar Arribas

Primera edición: marzo de 2018

Depósito legal: B. 2.180-2018

ISBN: 978-84-08-18269-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Es muy probable que no vayas a creer nada de lo que voy a contarte. O por lo menos las partes importantes, las que dan sentido a todo lo que me ha pasado. Y mira, me parece normal. Si fueras tú quien me estuviese contando a mí esta historia, difícilmente te iba a creer. Pero, por favor, ponte en mi lugar. No tengo ningún motivo para mentirte. Mi vida se ha convertido estos últimos meses en un lugar extraño, a veces fascinante, pero siempre raro. Un sitio donde todo puede pasar. Intenta tenerlo presente según vayas pasando páginas. Yo a cambio te prometo que me ceñiré a la verdad, procurando no dejar de lado ningún detalle, ni un solo dato. Es muy importante que prestes atención. No quiero asustarte, pero prestarme atención va a ser una de las cosas más importantes que hagas en tu vida. Lo entenderás a medida que avance la historia.

La culpa de todo la tuvo una hamburguesa.

Pero antes de hablarte de la hamburguesa, creo que será mejor que te cuente dónde estaba en el momento de pedirla. El escenario siempre importa.

Los últimos quince años los he pasado en Madrid, y una buena parte de ese tiempo he vivido en la misma casa, no muy lejos del centro. Primero solo, y más tarde compartiéndola con Alba. Fuimos muy felices allí, en un piso que se adaptaba perfectamente a nuestras necesidades, pero cuando Alex estaba a punto de nacer nos dimos cuenta de que nos vendría bien algo más grande. Una casa en la que tuviéramos una habitación para él. No es algo imprescindible en los primeros meses de vida de un bebé porque lo habitual es que los pase pegado a sus padres, pero nos parecía importante tener ese espacio para más adelante. Así que nos pusimos a buscar, y aunque tardamos más tiempo del que nos hubiera gustado, acabamos encontrando algo que se ajustaba a nuestras expectativas. Una casa algo más alejada del centro, en una zona muy tranquila y con espacio suficiente para los tres.

Tengo una fobia absoluta a las mudanzas, imagino que como cualquiera, pero en mi caso especialmente acentuada por el hecho de que me gusta acumular cosas. Si hubieras venido a la primera casa que compartí con Alba, te habría pasado como a todos los amigos que la visitaban por primera vez: tu

mirada habría acabado perdida entre los lomos de los libros, cómics y películas que almacenaba como podía en el gigantesco rompecabezas al que había dado forma con ayuda de una docena de estanterías. Llegué a un punto en el que no me quedó más remedio que imponerme la regla de que nada nuevo entraría en casa sin que nada que ya tuviera saliera antes para cederle su lugar, así que en cuanto decidimos mudarnos, me pareció buena idea tomar la mudanza como una ocasión para deshacerme de todo cuanto pudiera. Tiré a la basura los estuches de las películas, guardé sus discos en archivadores y aunque no me resultó fácil, conseguí llenar cincuenta cajas con cómics y libros que ya nunca más pensé que fuera a tener en mis manos. No podía estar más equivocado, pero prefiero no adelantarte acontecimientos. Creo que lo mejor será que te cuente la historia en orden, según me fue sucediendo. Lo que has de saber ahora es que en aquel momento, cuando llamé a un amigo librero para que viniera a llevarse todo aquel montón de lectura con idea de que volviera a ponerlo en circulación, lo que sentí fue un alivio tremendo. Llegué a comentarlo con Alba: fue como darme cuenta de que todo ese peso acumulado en mis estanterías me pesaba más a mí que a ellas, como adelgazar un puñado de kilos de la manera fulminante que solo te garan-

tizan las teletiendas. Pero ahora lo veo claro. Ojalá nunca me hubiera deshecho de nada de aquello.

No ha sido la primera vez que me he cambiado de casa, pero sí la mudanza más compleja por la que he pasado. Al tiempo que invertí en decidir con qué me quedaba y de qué me libraba hay que sumarle que tenemos un bebé que cuidar y lo solicitado que he estado desde el verano pasado. Creo que he contestado más entrevistas y he tenido más reuniones en estos últimos meses que en toda mi vida. Qué locura. Hubo días en los que el tiempo que pasaba entre una entrevista y otra era, inevitablemente, el de otra entrevista más. Pero bueno, lo importante es que al final, cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos con todas nuestras pertenencias en un camión camino de nuestra nueva casa.

Era allí donde me encontraba cuando pedí la hamburguesa de la que te hablaba hace un momento, rodeado de cajas y estanterías vacías, con prácticamente todo por colocar en su sitio. Pero, espera, deja que me detenga en un dato importante: estaba solo. La abuela de Alba cumplía 90 años esa semana, así que aprovechando que su padre iba a viajar desde España hasta el pueblo perdido de Suiza en el que vive, Alba pensó que era una buena oportunidad para acompañarlo con Alex y que la bisabuela conociera al bisnieto. Lo primero que pensamos

fue en viajar los tres con su padre, pero el plan era quedarnos en Suiza quince días y nada nos daba más pereza que regresar a España y encontrarnos con la casa por organizar. Además, yo tenía que avanzar con el libro que estaba escribiendo, de modo que acordamos que lo mejor iba a ser que me quedase en Madrid para ir poniendo orden, aprovechando los ratos en los que no estuviera abriendo cajas para continuar con la novela.

Por eso pedí aquella hamburguesa. No es que necesite demasiadas excusas para encargarme comida a domicilio, pero recién llegado a la nueva casa, con Alba y Alex volando hacia Suiza y la nevera vacía, me lo pensé muy poco antes de coger el teléfono y hacer un pedido.

Cuando te mudas, especialmente cuando trasladas de un piso a otro tantas cosas como nosotros, es inevitable vivir aunque sea durante unos minutos un ataque de pánico absoluto. La nueva casa era más grande que la anterior, así que por lógica no debía resultarnos difícil encontrarle sitio a todo. Pero cuando piensas en esto no reparas en que antes de que termines de hacerlo, antes de que hayas conseguido volver a colocar cada cosa en su sitio, el lugar que todas esas cosas van a ocupar es aquel por el que deberías estar moviéndote tú. Y ahí es cuando llega el momento de pánico, cuando abres la primera ca-

ja y eres consciente de que necesitas que se aparten las otras treinta o cuarenta que se interponen entre tú y el destino de lo que acabas de desempaquetar.

En ese dilema me encontraba cuando sonó el timbre de la puerta. Creo que fue precisamente esa la primera vez que escuché cómo sonaba, un sonido diferente al de la anterior casa, más agudo, más ruidoso, más molesto. Tardé en identificar de dónde provenía, lo que contribuyó a mi desconcierto. El timbre te obliga a reaccionar y yo no sabía dónde colocar lo que acababa de sacar de aquella caja porque su lugar era donde te decía, treinta o cuarenta cajas más allá. Así que abrí la puerta sujetando un pollo de goma y con una chistera recubierta de purpurina plateada en mi cabeza.

Esto tiene una explicación. No es que aparte de coleccionar libros, cómics y películas tenga también una colección de pollos de goma y chisteras. La que acababa de abrir era una caja sin etiquetar, una de tantas en las que olvidamos apuntar su contenido, y en su interior encontré los restos del atrezo de un cortometraje que dirigí hace algún tiempo. El pollo de goma ni llegó a aparecer, ya que descarté sus planos durante el montaje, pero luego acabé guardando todo por si volvía a necesitarlo. Que ya tiene narices pensar que se me va a ocurrir alguna otra idea para la que resulte imprescindible un pollo de go-

ma y una chistera, pero, en fin. A veces me paso de precavido.

El caso es que allí estábamos los tres, el pollo, la chistera y yo, delante de un repartidor que nos miraba inmóvil, inexpresivo, sin ni tan siquiera quitarse el casco. Para terminar de rematar la escena, él también tenía lo suyo: el casco que llevaba estaba pintado de verde fosforito con unas llamas azules a los lados. Llamas de fuego, por suerte, no el animal. Solo faltaba que hubiera sido el animal. En cualquier caso, ya era suficiente como para que lo más apropiado hubiera sido llamar a un vecino para que nos sacase una foto, inmortalizar aquella escena para la eternidad, pero en vez de eso balbuceé algo, no recuerdo muy bien qué. Apuesto a que fue un intento de explicarle por qué un pollo y por qué una chistera, pero seguramente me pareció que lo más fácil era resolver la transacción y hacer como si allí no hubiera pasado nada. Así que dejé al repartidor en la puerta, me fui al fondo de la casa en busca de mi cartera y volví para pagarle. Y antes de irse me entregó mi hamburguesa. O al menos eso pensé en aquel momento.

Lo primero que hice al despedir al repartidor fue dejar la bolsa de papel que me acababa de entregar sobre la mesa de la cocina, y ya que había sacado aquel pollo de goma y aquella chistera de una caja,

vacié el resto de su contenido. Sin la urgencia del timbre de la puerta reclamando mi atención no me costó decidir algún otro sitio donde guardar todo, que sumaba a lo que ya conoces un par de petardos de los que lanzan confeti, seis o siete pajaritas de colores, algunos globos con forma de corazón y una pequeña botella de helio. Sí, menudo fue aquel cortometraje. Con todo ya en su nuevo sitio, volví a la cocina para darme cuenta de que en aquella bolsa de papel no estaba mi hamburguesa.

A ver, había comida dentro, pero ni rastro de lo que había pedido. Y no era uno de esos casos en los que estás con dos o tres amigos, pides tres o cuatro hamburguesas y cuando llega todo te toca adivinar cuál es la tuya, aunque al final dé un poco lo mismo porque todas saben más o menos igual. No. En esta ocasión estamos hablando de que en vez de la hamburguesa con queso, tomate seco, guacamole y guarnición de patatas que había encargado, lo que encontré dentro de la bolsa fue una ensalada mixta y una tostada con tomate y jamón. Si lo pronuncias en voz alta te darás cuenta de que *hamburguesa con queso, tomate seco, guacamole y guarnición de patatas* no suena demasiado parecido a *ensalada mixta y una tostada con tomate y jamón*, así que el error no podía venir de que quien tomó nota de mi pedido me entendiera mal. Llamé al restaurante para re-

clamar, una, dos y hasta tres veces, pero nadie me cogió el teléfono. En realidad, ya me sorprendió que me atendieran la primera vez que llamé, porque era viernes y sé perfectamente que los viernes suelen estar a tope. Justo en ese momento me fijé en la bolsa.

Grapado a ella había un ticket con un montón de números y letras impresas, algunas más borrosas que otras. Revisándolo comprobé que, efectivamente, el contenido del pedido que ahí se indicaba se correspondía con la comida que había encontrado dentro de la bolsa. El ticket también tenía escrito el nombre del cliente, Alicia, y un número de teléfono a su lado, de esos que memorizas casi al instante porque apenas combinan dos o tres números de forma repetitiva. Así que decidí llamar a Alicia.

—Hola. ¿Eres Alicia?

—Ehh, sí. ¿Quién eres?

—Mira, no me conoces, pero creo que tengo tu pedido.

—¿Qué?

—La comida que has pedido. ¿Una ensalada y una tostada?

—Sí.

—Pues las tengo yo aquí, en mi casa.

—Pero qué dices. Si me lo acaban de traer.

—¿Y estás segura de que lo que hay dentro de la bolsa es lo que has pedido?

—...

—¿Hola?

—Perdona. Estaba mirando. Tienes razón. Es una hamburguesa.

—Me lo imaginaba. Tu pedido lo tengo yo.

—¿Y por qué lo tienes tú? ¿Quién eres?

—Me llamo Manuel. También acabo de pedir comida a domicilio.

—¿También una ensalada y una tostada?

—No, he pedido la hamburguesa que te han llevado. Y unas patatas. ¿Hay patatas en la bolsa? ¿Puedes mirar?

—Sí, hay patatas.

—¿Cortadas a mano?

—Pues no sé.

—Seguro que sí. Es mi pedido, seguro. El reparador se habrá equivocado, a mí me ha dado el tuyo y a ti el mío.

—Pero yo quiero mi pedido.

—Ya me imagino, pero no sé, ¿qué hacemos? He llamado al restaurante, pero no cogen el teléfono. Es viernes, y los viernes suelen estar a tope de...

—¿Me lo puedes traer?

—¿Qué?

—Mi pedido. Que si me lo puedes traer.

—Ah, pues... eh...

—Acabo de mirar en el ticket de la bolsa y si tú eres Manuel, aquí pone que no vives muy lejos. A dos calles de aquí. ¿Me lo puedes traer?

—Bueno, no sé. Igual... igual podemos comer nos cada uno lo que nos han traído, ¿no? Porque, total, yo con esto ya me apaño, que si ahora nos ponemos a andar de aquí para allá, comida arriba comida abajo, se nos va a enfriar todo. Y bueno, a ver, lo tuyo da igual que se enfríe, claro, pero lo mío no sé si...

—¿Por favor?